

Los grandes proyectos inútiles e impuestos, y su mundo

JULIEN MILANESI

Los grandes proyectos inútiles e impuestos, y su mundo

Julien Milanesi

- 4 Lo que somos: ¿el nacimiento de una ecología popular?
- 7 ¿Dónde estamos? El interés general en crisis
- 9 Nuestro papel: ¿la entrada de la ecología en la democracia?
- 12 Conclusión



Documentos 35

Octubre de 2016

www.mrafundazioa.eus

@mrafundazioa

Los grandes proyectos inútiles e impuestos, y su mundo

Julien Milanesi*

Queridos amigos, queridos compañeros de lucha contra los pequeños y grandes proyectos inútiles e impuestos,

Ya hace más de diez años que estoy con vosotros, desde aquel día del año 2005 en que me enteré de que la autopista A65 iba a pasar por mi pueblo, en Bostens, en ese lugar de las 9 fuentes (les 9 Fontaines) donde nos hemos reunido varias veces para, como hacemos este fin de semana, compartir nuestras experiencias, nuestras esperanzas y decepciones, para recargar las pilas, subirnos la moral, y pasar buenos momentos juntos. Desde 2010 una autopista pasa por las 9 fuentes, y de este combate perdido hemos hecho una película con Sophie, lo cual nos ha permitido estar a vuestro lado durante los seis años que han transcurrido desde entonces. Y luego, desde hace poco, he decidido integrar la cuestión de los grandes proyectos inútiles a mis materias de enseñanzas y convertirla finalmente en un objeto de investigación. Al igual que sin duda hacéis vosotros, me digo a menudo que debería dedicarme a otra cosa, a la jardinería o incluso a otros temas de lucha quizás más urgentes. Pero los azares de la vida me han puesto aquí, es aquí donde finalmente he aprendido cosas, donde me he integrado en un colectivo, y es aquí donde quizá mis actos puedan tener un poco de influencia. Es aquí, para decirlo más modestamente, donde yo puedo hacer una pequeña aportación.

Y la pequeña aportación que desearía hacer hoy es la del balance de estos diez años de asociación. Me gustaría sacar a debate algunos análisis sobre nuestro movimiento, sobre la manera en que se inscribe en los debates más generales que se producen en nuestra sociedad, sobre las cuestiones estratégicas que se nos plantean, sobre nuestro futuro. No tengo la pretensión de que todos estos análisis sean originales; está claro

* Julien Milanesi es economista y co-realizador de la película "L'intérêt général et moi". El texto corresponde a su intervención en el "6º Forum Internacional contra los Grandes Proyectos Inútiles e Impuestos" que tuvo lugar en Bayona entre el 15 y 17 de julio 2016.

que muchos de ellos son producto de discusiones con vosotros. Lo que trato de hacer aquí es una síntesis, o más bien una puesta en orden como base para el debate.

Comenzaré por lo tanto por analizar la dinámica actual de los movimientos contra los grandes y pequeños proyectos inútiles e impuestos; trataré a continuación de mostrar dónde se sitúa nuestro movimiento con respecto a conflictos entre visiones del mundo que probablemente son irreconciliables. Todo ello me conducirá a continuación a tratar la cuestión de la democracia, de cuya importancia somos todos conscientes. Por último, terminaré proponiendo dos ejes de desarrollo de nuestro movimiento.

Lo que somos: ¿el nacimiento de una ecología popular?

Para empezar, desearía examinar la evolución de nuestro movimiento en los 10 últimos años. No hay duda de que muchos de vosotros lucháis desde hace mucho más tiempo y la historia tendría que ser mucho más larga. Antes se produjeron en particular los combates antinucleares, los asuntos de Larzac y de Somport. Es nuestro patrimonio pero voy a tratar de ofreceros una historia reciente, la que yo he podido presenciar. Os dejo a vosotros que la completéis.

El combate contra la A65, hace diez años, fue un auténtico momento de soledad. No me olvido de que algunos de vosotros estabáis a nuestro lado, pero más allá de este estrecho círculo nuestro combate suscitaba más bien indiferencia. Indiferencia salpicada de ignorancia y por supuesto de intereses de la mayoría de los medios dominantes, hasta que Hervé Kempf, entonces en *Le Monde*, dedicó una página a los entresijos financieros del proyecto. Indiferencia educada por parte de las grandes organizaciones medioambientales, que salvo algunas excepciones, no veían el interés de mezclarse en este tipo de luchas locales, por no decir provincianas. Indiferencia teñida de desprecio de la clase política que no quería ver en nuestro movimiento más que una expresión del efecto SPAN¹, o dicho de otro modo, de egoísmo de los habitantes de la zona.

Os oigo decir que eso no ha cambiado, que es lo que estáis viviendo en vuestros lugares de origen. Sin embargo creo que la situación es dife-

1 SPAN acrónimo de *Si, pero aquí no* equivalente al término NIMBY (Not in my back yard)

rente. En primer lugar hemos logrado imponer un término en el debate público, el de los GPII (Grandes Proyectos Inútiles e Impuestos), lo cual cambia la manera en que son percibidas nuestras luchas (por cierto, mi agradecimiento infinito a quien o quienes inventaron este acrónimo tan pertinente). Este término, que nos reúne por sexto año consecutivo, pone de manifiesto la unidad de nuestros combates (volveré sobre ello), así como la idea de que comportan algo más que intereses egoístas: un profundo desacuerdo con ciertas visiones del mundo y del futuro (volveré también sobre ello).

El combate de Notre Dame des Landes, por su carácter emblemático, por la amplitud de la movilización que ha suscitado, consiguió que las grandes organizaciones de defensa del medio ambiente, que todavía no lo habían hecho, se posicionaran más claramente contra estos proyectos.

Por supuesto las ZAD (Zonas A Defender), han cambiado el concepto estratégico en los lugares de lucha. Han demostrado que se podía detener el bulldozer administrativo interponiéndose en su camino. La lección permite tener esperanzas porque podemos esperar victorias; pero también es trágica, porque ahora sabemos que el Estado, en estas circunstancias, utiliza contra nosotros armas que pueden matar.

Lo que también es nuevo y en lo que me gustaría insistir, es la multiplicación de las luchas locales contra pequeños o grandes proyectos. Hace algunos meses, cuando salió nuestra película, recorrimos la Francia de los proyectos inútiles: el golf de 51 hoyos en Tosse en las Landas, la A45 entre Saint Etienne y Lyon, la A51 en Trièves, el parque tecnológico de Agen, el proyecto de mina del País Vasco, la cantera en la meseta de los mil estanques en los Vosgos, la carretera Pau-Oloron, los Centros de Vacaciones de Roybon y Casteljaloux, la presa de Sivens, la LGV GPSO, el aeropuerto de Notre Dame des Landes, y esto no es más que una pequeña muestra de los proyectos en marcha actualmente en Francia. No estoy seguro de que haya más proyectos de este tipo que antes, como se escucha a veces, pero si los percibimos, y esto es lo realmente nuevo, es que suscitan todos ellos reacciones de oposición. Los ciudadanos se organizan en todas partes para plantarles cara. En Francia ya no se puede cementar en paz. Y esto es una noticia muy buena.

Me gustaría ver en la multiplicación de estas luchas, el surgimiento de lo que me arriesgo a denominar— y presento a debate la denominación— un movimiento de ecología popular, o para ser más precisos, una "ecología política popular". ¿Por qué?

Sé que algunos de vosotros, dentro de las asociaciones y colectivos que constituimos, tienen reticencias, o incluso sienten hostilidad a definirse como ecologistas. Y sin embargo es ahí donde radica el núcleo de nuestras luchas. En su origen la ecología fue en efecto una ciencia, creada en el siglo XIX, para estudiar la interdependencia, las relaciones entre los seres vivos y su entorno. Basándose en sus enseñanzas, la ecología política, para decirlo en pocas palabras, define los movimientos que cuestionan el lugar del ser humano en su medio natural, su interacción con el resto de los seres vivos. Y eso es lo que hacemos nosotros al defender nuestros territorios contra el saqueo de los GPII. Es en nuestros territorios, a menudo rurales, donde vemos hoy desarrollarse concretamente la crisis ecológica. Vemos los ríos en los que ya no podemos pescar so pena de envenenarnos, vemos cómo las ciudades se van comiendo poco a poco nuestros mejores terrenos agrícolas, vemos los campos devastados por los herbicidas, conocemos campesinos enfermos por haber respirado estos productos toda su vida, ya no encontramos cangrejos, tritones, tortugas allá donde íbamos a pescarlos, a jugar con ellos cuando éramos pequeños. Vemos, vivimos la pérdida de nuestro territorio, del lugar en el que habitamos. Y ya basta, ya no aguantamos más. Hemos decidido que ya es suficiente.

Así que somos ecologistas por definición. Y un movimiento de ecología popular porque precisamente no procedemos de la ecología teórica y académica. También hay entre nosotros, y yo me incluyo entre ellos, lectores de Gorz, Charbonneau, Ellul, Passet, Latouche, Illitch, y muchos más. Pero lo que nos une, más allá de nuestras diferencias en cuanto a tradiciones políticas o filosóficas, es el sentimiento de hartazgo que acabo de mencionar. Para muchos de entre nosotros, que conviven con estos proyectos, estas luchas constituyen su primer compromiso político. No hace falta tener un pasado militante, ni necesidad de haber leído a todos esos autores para experimentar la pérdida de estos territorios, y para querer que cese de una vez el expolio. Nuestros compromisos se basan en esta experiencia simple, en esta reacción sana a proyectos que nos agreden; se alimentan de esta emoción, de esta urgencia.

Y, desde luego, no todo es emoción, como expresó Victor Pachon en Nérac: "Sabemos leer, escribir y contar. No es necesario hacer una carrera científica para comprender que si, por ejemplo, el cambio climático es un problema urgente, es absurdo construir autopistas y aeropuertos".

Por lo tanto, quizá nosotros somos el nacimiento de una ecología popular. Ecología porque nuestros movimientos se originan en la defensa

de los territorios en los que vivimos y popular porque lo que nos une no es una doctrina sino un sentimiento y una toma de conciencia común que trasciende nuestra pertenencia social.

¿Dónde estamos? El interés general en crisis

Después de haber tratado de definir lo que somos, tratemos ahora de ver dónde estamos, cómo se integran nuestros movimientos en los debates que se producen actualmente en nuestras sociedades.

Nuestros compromisos, como acabo de decirlo, se inscriben en los territorios. Vemos, en los lugares en los que vivimos, la amplitud de los sacrificios que hay que realizar para llevar a cabo estos pequeños o grandes proyectos. Vemos lo que vamos a perder, sabemos el coste exorbitante de estos proyectos (20 millones de euros, por ejemplo, por kilómetro de LGV (Línea de Alta Velocidad) y nos preguntamos si merecen la pena. Al plantear esta cuestión sobre la utilidad de los proyectos, nos preguntamos por el interés general de los mismos.

¡Qué curioso concepto el de interés general! Percibimos su fuerza, su carácter determinante y, sin embargo, desaparece como un espejismo cuando tratamos de tocarlo, de aprehenderlo, de definirlo de forma concreta. En efecto, como muchas otras cosas en las que se basan nuestras comunidades políticas, el interés general es una ficción, que no existe más que porque nosotros creemos en ello, pero que no tiene existencia en sí, ni sustancia que permita definirlo a priori. Las cosas son de interés general únicamente cuando nos ponemos de acuerdo en que lo son, y cuando dejamos de estarlo, dejan de serlo. El interés general está en crisis y es lo que estamos viviendo ahora.

Para ser más concretos, en los años 50 o 60, en el tiempo de la reconstrucción y de las primeras autopistas, cuando todo el mundo o casi todos estaban de acuerdo sobre estos proyectos y cuando las primeras líneas de alta velocidad se construyeron un poco más tarde, el interés general estaba definido con bastante claridad.

Hoy el concepto está en crisis, ya no existe un interés general sobre el que podríamos ponernos de acuerdo, sino intereses generales o, dicho de otro modo, diversos conceptos de interés general que corresponden a diferentes visiones del mundo y del futuro.

El momento que vivimos es, y no voy a deciros nada nuevo, el de una crisis profunda de nuestras sociedades occidentales: crisis económica, social, ecológica y por lo tanto, política. La crisis es etimológicamente, el

momento decisivo de paso de un estado a otro. El momento crítico. Por lo tanto nos incumbe a nosotros, los seres humanos de este principio de siglo XXI, tomar decisiones sobre lo que será el mundo en los próximos decenios y quizá próximos siglos. Y estas decisiones se encarnan perfectamente en las decisiones sobre los GPII:

- En cuanto a la cuestión ecológica, para empezar, ¿pensamos que se puede continuar como antes, con los mismos proyectos, contando con la mitigación ambiental para limitar el impacto sobre la biodiversidad, sobre el progreso técnico para reducir las emisiones de CO₂, sobre la geo-ingeniería para modificar el clima si llegara a desbocarse y, en última instancia, sobre el transhumanismo para adaptar al hombre a un planeta que habría dejado de ser viable? O, al contrario, pensamos que los desafíos ecológicos necesitan un cambio profundo de nuestra forma de producir, de desplazarnos, de alojarnos, de alimentarnos, para incluir nuestras actividades en la biosfera (el planeta), dentro de sus leyes y de sus límites? En cualquier caso, los proyectos destructores de biodiversidad, consumidores de terrenos agrícolas y emisores de CO₂ deben detenerse inmediatamente.
 - ¿Pensamos, y está por supuesto relacionado con el punto anterior, que nuestro único horizonte económico es el del crecimiento, como viene siendo desde hace dos siglos: crecimiento de la producción material, de la extracción de recursos, crecimiento de la movilidad, de la velocidad, de los tráfico? Y, ¿pensamos también que, más allá de los intereses que se puedan tener en el asunto, sigue siendo realista en un contexto en que el crecimiento en los países ricos baja regularmente desde hace varios decenios? Esta decisión es determinante porque lo que queramos para el futuro o lo que apostemos por el crecimiento futuro, determina directamente las previsiones que hacemos sobre el equilibrio económico interno de los proyectos de transporte o de supermercado. El crecimiento de los tráfico y del consumo está en efecto condicionado al crecimiento económico global, el del producto interior bruto. Si abogamos en cambio por el decrecimiento, o si apostamos por él, estamos apostando entonces por la investigación en calidad de vida, en alimentación, en desplazamientos, etc. Favorecemos la mejora de lo existente en lugar de producir nuevas infraestructuras.
 - ¿Pensamos, tercera opción, que la globalización liberal y la competencia territorial es una fatalidad a la que hay que adaptarse con-
-

centrando la actividad en megalópolis urbanas competitivas, atrayendo gracias a infraestructuras de transporte que respondan a sus necesidades a las nuevas empresas y la mano de obra móvil y cualificada? O, ¿queremos un modelo en que las actividades económicas, ya sean agrícolas, industriales o comerciales, estén relocalizadas, dispersas por los territorios, y tejan una densa red de vínculos sociales? Un modelo que necesita en particular infraestructuras de transportes colectivos de proximidad y de calidad.

- ¿Pensamos que el desarrollo territorial pasa por la captación— por ejemplo, bajo la forma de un complejo de golf para clientes adinerados— de ingresos generados en otra parte? ¿O apostamos por la creación de dinámicas económicas endógenas, internas al territorio?
- ¿Queremos un mundo organizado para los más adinerados, las élites globalizadas, los clientes de los complejos de golf, esperando que su riqueza "gotee" (puesto que es ahora el término consagrado) hasta aquellos que están en la base de la pirámide? ¿O deseamos dedicar el dinero público a los transportes y equipamientos de proximidad, que mejoren la movilidad diaria y del mayor número de personas?

Ecología, crecimiento, globalización, desarrollo local, desigualdades, estos son, más allá de las cuestiones técnicas que les son propias, los desafíos fundamentales que atañen a la mayoría de los GPII que nosotros combatimos, éstas son las opciones que planteamos a través de nuestras luchas. ¿Dónde se sitúa el interés general entre estas opciones? Sería tentador decir que está de nuestro lado, y se aprecia bien la parte de intereses privados que hay en las visiones rivales. Pero yo creo que sería un error considerar que solo nos enfrentamos a intereses privados depredadores. También existen, frente a nosotros, conceptos de interés general coherentes, que debemos tomarnos en serio para combatirlos con eficacia.

Nuestro papel: ¿la entrada de la ecología en la democracia?

El interés general se encuentra por lo tanto en crisis, atrapado entre conceptos radicalmente diferentes, y la idea que me gustaría desarrollar ahora es que no tenemos las instituciones democráticas que permiten resolver esta crisis, lo cual explica el aumento de la tensión, de la violencia que observamos en todas nuestras luchas.

Yo no la viví (nacé bajo Giscard), pero dudo que la Francia Gaullista o la de Pompidou, bajo la que se lanzó el programa de autopistas francés, fuera más democrática que nuestro sistema político actual. Seguro que lo era incluso menos, ya que no existían procedimientos de consulta pública o de debate público. Pero en aquella época no se planteaba la cuestión democrática sobre los grandes proyectos, simplemente porque estas decisiones generaban consenso (o casi, si tenemos en cuenta algunos visionarios que denunciaron muy pronto los estragos de los Treinta Gloriosos²). Cuando todo el mundo está de acuerdo, la forma en que se decide importa poco.

Hoy en día ese consenso ya no existe y con nuestro compromiso, presionamos a las instituciones oficiales encargadas de decidir sobre los proyectos: debate público, encuesta pública, declaración de utilidad pública por el ministro. Este marco de decisión está a punto de implosionar bajo la presión a la que lo sometemos.

Hemos mostrado todos los límites de la democracia deliberativa participando a fondo en el juego de las consultas y de los debates públicos; actualmente nos oyen pero solo excepcionalmente se nos escucha. No hay duda de que esto está cambiando, como lo atestigua el dictamen negativo de la comisión de encuesta pública sobre la LGV GPSO, o nuestra audiencia en la comisión Richard.

También hemos jugado al juego jurídico, poniendo a menudo muchas esperanzas en la más alta jurisdicción administrativa, el Consejo de Estado, y hemos descubierto lo que me recordaba recientemente un colega profesor de derecho público: su papel es sobre todo el de legitimar la decisión pública. También hay algunos cambios en este plano si consideramos las decisiones recientes sobre la LGV Poitiers Limoges y sobre Sivens.

En mi opinión, estos pequeños logros son un reflejo de un cambio en la administración pública, en particular con respecto a los proyectos de transporte, ya que de acuerdo con todo lo que lleva escribiendo desde hace años, es cada vez más contraria a los nuevos equipamientos. Ello debe ser fuente de esperanza para nuestro movimiento.

Pero finalmente, a pesar de algunos avances, hemos llegado a descubrir, o a redescubrir al experimentarlo en nosotros mismos, que más allá

2 Se denomina Edad de oro del capitalismo o años dorados —también conocido en francés como *Trente Glorieuses* o Treinta Gloriosos— al período socioeconómico transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta la crisis del petróleo de 1973.

de todos los procedimientos de consulta y de recurso, la verdadera naturaleza de las instituciones es vertical: es la de una democracia representativa en la que la decisión recae sobre los cargos electos a quienes el sufragio universal dota del poder de decidir sobre lo que es, o no, de interés general.

Ahora bien, este redescubrimiento llega en un momento de profunda desconfianza hacia los representantes políticos: acumulación de mandatos, profesionalización, corrupción, abstención masiva, renunciaciones, etc., etc., contribuyen a una deslegitimación profunda de sus decisiones. El rey está desnudo y nos resulta difícil ver otra cosa en estas decisiones que la aprobación por la fuerza: la decisión se impone, producto de los caprichos de algunos caciques codiciosos.

Esta constatación nos plantea esta paradoja: tenemos que tomar decisiones de gran importancia, que nos comprometen colectivamente para decenas de años y no tenemos instituciones democráticas suficientemente legítimas para tomarlas. La probabilidad de que ello degenera es grande, y creo que debemos reflexionar seriamente para actuar de forma responsable.

Pero el conflicto puede servir también para regenerar la democracia. Ya no existe, o no ha existido nunca la democracia ideal, siempre está inacabada, siempre está por construir. Y aquí, en esta historia, de la que nosotros somos actores, se trata de la entrada de la ecología en la democracia. Somos el movimiento social que, en todos los rincones del país, plantea de forma concreta la cuestión ecológica, obliga a la sociedad a cambiar, obliga a imaginar otras formas de decidir para que cese la destrucción progresiva de nuestros medios de vida. Creamos conflicto allí donde no existía, y este conflicto debe obligar a las instituciones a cambiar. La democracia social, que sigue siendo muy imperfecta, que todavía no ha llegado realmente al mundo de la empresa, gestiona sin embargo hoy en día nuestro sistema de seguridad social. Es el fruto de un siglo de conflictos iniciados en las fábricas del siglo XIX. Actuemos de forma que por los conflictos que nosotros creamos, los territorios sean a la cuestión ecológica lo que fueron las fábricas a la cuestión social.

Conclusión

Voy a terminar proponiendo desarrollar dos ejes de acciones que por otro lado llevan mucho tiempo emprendidas.

Me imagino que encontraréis que yo no os veo mucho más guapos, mucho más fuertes, de lo que somos en realidad. Puede que tengáis razón, pero en la lucha, en la adversidad, también sé que uno se ve a menudo menos fuerte de lo que es realmente.

Durante las entrevistas hechas con relación a la película, las asociaciones me decían a menudo: "somos 20, 30, es duro, es como predicar en el vacío". Ayer por la noche me dijeron: "En la última manifestación contra la A45 solo éramos 1000". Me parece que no está mal; Ya nos hubiera gustado ser mil contra la A65. Pero sobre todo, lo que no vemos, porque estamos centrados en nuestros territorios, es que somos un movimiento social descentralizado. Somos 20 aquí, pero otros 20 allá y más allá y creo que debemos tratar de aparecer más como lo estamos haciendo hoy, como un movimiento social coherente y unido.

El desarrollo de la jornada de acción nacional contra los GP11, mediante acciones coordinadas en todo el territorio, puede ser uno de esos momentos en que demos la existencia de este movimiento social en todo el país.

En el plano de las ideas y estrategias, podemos pretender también la puesta en común de nuestros trabajos, desarrollando redes temáticas: PPP, biodiversidad, recurso jurídico, etc. ¿Por qué no organizar además, por ejemplo, en paralelo o en lugar del foro anual, algo que se parezca a una universidad de verano y que estaría exclusivamente destinado al interior del movimiento, a sesiones de trabajo temático, a cursos para compartir experiencias o intervenciones del exterior;...

Todo ello plantea sin duda cuestiones de medios, humanos y financieros, y cabe quizá plantearse la cuestión del apoyo que nos podrían aportar estructuras nacionales, ambientales y sindicales. Sea como sea, creo que hay que reforzar nuestra red para reforzar nuestras luchas locales.

Debemos reforzarnos sin duda para prevalecer sobre los poderosos intereses a los que nos enfrentamos. Pero ello no bastará, ya que combatimos también un imaginario. Este imaginario ampliamente extendido entre nuestros conciudadanos es el del progreso, asociado generalmente a los grandes proyectos. Es el que sustenta las visiones del mundo, las ideologías, a las que nos oponemos, pero con el que no se puede discu-

tir, ya que es, podríamos decir, "subracional". Es el fruto de dos siglos de desarrollo económico e industrial, de la promesa cumplida, a pesar de todo, de que la prosperidad es fruto del crecimiento económico, de la producción de infraestructuras de manera generalizada. Las carreteras, por no hablar más que de ellas, llevan todavía ligada, más allá de su propia utilidad, la idea de que son el vector de la modernidad que irriga el campo, conecta a las personas, permite los intercambios...

Pero la promesa está moribunda. Vivimos desde hace cuarenta años en el desempleo masivo, y basta con ver que el consejo general de las Landas no ha encontrado nada mejor que un complejo de golf de 51 hoyos como proyecto central de desarrollo territorial para comprender que estamos a final de un ciclo.

¡Qué increíble falta de imaginación! ¡Con todas las cosas que hay por hacer! Debemos cambiar nuestra forma de producir, de alimentarnos, de desplazarnos, de alojarnos, debemos reparar lo que hemos destruido. Ahí hay fuentes inmensas de empleo y un proyecto colectivo apasionante.

Para combatir contra el viejo imaginario económico de la prosperidad por el crecimiento, debemos, creo, ofrecer este imaginario alternativo, el de la transición ecológica, mostrar que es realista y deseable.

Es en lo que trabaja desde hace varios años el movimiento Alternatiba, que nació aquí en Bayonne y que se ha difundido desde entonces en Francia y en el mundo. Y por ello su combate es también el nuestro y terminaré reciclando su eslógan: ¡Que a los mil GPII respondan mil movimientos como Alternatiba!

